

En avant, en avant!, y viendo que no era posible forzarles, un oficial moreno, de pera y bigote, cogió de la mano á un zuavo y le llevó á la bocacalle que barría la metralla. Habían avanzado apenas dos pasos y los dos vinieron á tierra.

Otro oficial quiso adelantarse por ver si le seguía la tropa, y cayó herido; un tercero arengó en voz alta á su sección. Claramente oyó Pancho: *Mes enfants... l'honneur du troisième bataillon des zouaves... J'irai seul... Laissez ainsi perir votre chef?...—* Y el consabido *en avant!*

El valiente muchacho se adelantó espada en mano, gritando siempre *¡adelante!*; pero fué en vano: nadie pudo seguirle y él cayó muerto cuando apenas había traspasado la zona de acción de los fuegos de la cuadra de Llave...

La columna contramarchó entonces, duramente escarmentada en el camino; pero pudo llegar sin quebranto excesivo hasta las puertas del Hospicio, donde se introdujo.

— Pero quedan algunos dentro del chiquero, exclamó Díaz.

— No, mi General.

— Yo les vi entrar; se metieron por la brecha y dentro deben de estar.

— Ya sabrán dar cuenta con ellos los de Llave.

Entretanto, la lluvia seguía sin cesar; la canal que

quedaba en una de las pocas azoteas que no habían sido derribadas, caía sobre el rostro de un zuavo que estaba con los brazos en cruz, la pipa entre los labios y el ademán de reto en el rostro ceñudo y altanero. El golpe del agua cargada de tierra borraba la sangre de la herida, la reconcentraba en un punto ó la desleía manchando la



barba negrísima y formando un charco rojo en el hueco del cuello. Más lejos, las huellas de las pisadas de los fugitivos se llenaban de agua, y más lejos aún, una cortina gris lo envolvía todo. La noche se acercaba á más andar y sus manazas de sombra iban ocultando todos los horrores del día.

Porfirio, de vista más aguda que los otros, exclamó:

— Salen en este momento muchas gentes de la contra-

esquina; vaya usted, subteniente, é infórmese de lo que ha pasado: hay que saberlo todo para prevenirmos.

Pancho dió vuelta á la manzana para evitar los tiros cruzados de San Agustín y la Estampa, llegó al punto guarnecido por Llave en el momento en que salía una comitiva extraña: un oficial, el regordete que había pasado al frente de la cabeza de columna, marchaba conducido del brazo por un Coronel, arrogante mozo que ostentaba en el pecho la banda de oficial de Estado mayor del Cuartel general; detrás venían hasta treinta y seis zuavos, que caminaban alicaídos y con la tristeza en el semblante. Don Ignacio de la Llave, alto, mal hecho, las piernas largas, vestido con una chaqueta de nutria y pantalón azul, seguía á la compañía en unión de Foster y Cazarín.

— *Ces sont mes conditions*, decía el preso con brío, *ces sont mes conditions, monsieur; autrement je retournerai dans mon trou...*

Jesús Lalanne, como se llamaba el guapo mocetón de la banda tricolor, respondió al prisionero algo que le sirviera para alimentar esperanzas, y luego contestó dirigiéndose al mensajero:

— Diga usted á su jefe que hemos cogido prisionero al teniente Galland, del 3.º de zuavos, que aquí va, y á treinta y seis hombres más que marchan detrás... Entraron hasta el portillo abierto en la esquina y marcharon directamente á la izquierda, quedando acorralados y sin

salida. — *En avant!* gritaba Galland, *en avant!*, y adelante habrían seguido si no hubiéramos estado listos desde la altura... Metidos ellos en lo más obscuro, permanecían recatados y sin movimiento, y sólo de cuando en cuando salía un tiro que hería á aquel de los nuestros que era bastante temerario para avanzar la cabeza. Cabalmente el pobre capitán Galindo se asomó al pretil, sonó un balazo y cayó muerto... Nosotros, sin embargo, considerando que aquella situación no podía prolongarse, pues sabíamos el efectivo de los encerrados en el corral, porque continuamente les arrojábamos *peras de luz*, instábamos á los franceses para que se rindieran. «¡Ríndanse! les gritaba Cazarín con su voz más potente, ¡ríndanse; los republicanos son generosos y no abusarán de su victoria!» Al cabo de algunas intimaciones, Galland contestó que se rendían, mas á condición de que se le permitiera ver al General en jefe. «Sí, sí, contestó Llave; eso bien se puede permitir á valientes como vosotros.» Y abrazó á Galland. Ahora sale el teniente con la pretensión de que le permita el Cuartel general nuestro ir al Cuartel general francés á dar cuenta de su comisión, viniendo luego á constituirse prisionero. Ya comprende usted que el General en jefe no puede consentir en semejante irregularidad, que alteraría todo lo aceptado acerca de este punto; pero el teniente es tan testarudo, que asegura que si no le consienten el hacerlo, *volverá á su madriguera* y seguirá disparando hasta

que San Juan baje el dedo, pues dice que tiene municiones bastantes para ello.

Francisco volvió á dar cuenta con su encargo á Porfirio, y el jefe se alegró mucho de que tan venturosamente hubiera acabado aquella aventura.

Tal es el paso famoso de la prisión de Galland, que ha sido referido de cincuenta ó cien maneras diferentes por los cincuenta ó cien historiadores franceses que han hablado de él. Aun el mismo oficial bretón debe de haberse echado un poquito de la gloriosa, pues en el cuadro que existe en el museo de Versalles, y que representa la rendición de Galland, está el oficial con la espada en la mano, sobre un montón de piedras y en actitud de arreglar á los mexicanos que le contemplaban asombrados. Galland murió de General de brigada después de la guerra del setenta, en que Napoleón pagó todas las que había hecho.

Por lo demás, durante los veintiséis días que Galland estuvo prisionero, se portó con absoluta corrección, fué tratado con mucho cariño por los mexicanos, y se retiró dejando y llevando recuerdos imborrables y el afecto de grandes amigos con los cuales siguió carteándose á pesar de las desventuras de la guerra.

Hallándose preso, recibió su ascenso á capitán.

* * *

En los tiempos de paz, la manzana de la Reja estaba compuesta de zahurdas en sus cuatro lados, y sólo al noroeste había una casona alta y severa, que parecía contemplar las habitaciones de los guarros con el desdén con que el adinerado mira al bracero. También en ese lado noroeste existía un mesón de arrieros que tenía en el exterior una gran reja que dió nombre al punto, el cual estaba defendido por Sánchez Román, con un batallón de Zacatecas, y por Irastolza con uno de Aguascalientes.

El diez y ocho, á pesar de la resistencia de los nuestros, se estableció en la manzana del frente una batería de cañones que el diez y nueve, á las tres de la tarde, rompió el fuego contra la Reja. No tardó en abrir dos brechas en la fortificación exterior, derrumbando la primer nave de casas y allanando los obstáculos amontonados allí; pero dentro, en el trecho foseado, aspillerado y parapetado, esperaban los rifleros decididos á hacer resistencia semejante á la que San Marcos había puesto por modelo. En la casa alta había soldados con granadas de mano para lanzarlas á la hora que fuera menester.

Los mexicanos acababan de abrir en la calle una zanja que dejaba al descubierto las cloacas, y tapándola con tablazón, esperaron el ataque. A las cuatro y media, cuando la brecha era suficientemente ancha para darles paso, los franceses se lanzaron al asalto llenos de la vieja furia gala de que dieron tantas muestras en la angélica;

mas al atravesar la calle á paso gimnástico, rompieron las frágiles tablas que se había disimulado con tierra y cayeron al fondo de una zanja de tres ó cuatro metros de profundidad, entre la inmundicia y el horror más asquerosos. Los que venían delante, empujados por los que les seguían, caían inevitablemente en aquella horrible trampa, y cuando procuraban salir, eran recibidos á tiros.

Algunos uniformes colorados y algunos dormanes azules suben á la trinchera y reciben los proyectiles que les envían los de Aguascalientes y Zacatecas; un muchacho más animoso que los otros y que consigue pasar aquella charca más temible que la Malbelolge, sube al asalto y siente que la trinchera semicircular por que trepa, se le viene abajo y lo oprime; pero en vez de recibir el golpe de piedras ó de sacos de tierra, siente sobre sí varios cuerpos flácidos, gelatinosos y fétidos: eran cadáveres humanos con que se había formado el reducto, poco mayor que la altura de un hombre y extendido por un trecho de diez ó doce varas.

Al recibir la tremenda descarga huyen las dos columnas de cazadores y de zuavos; el oficial que había ascendido á la trinchera se ve obligado á volverse temeroso de que le corten en aquel océano de fuego y de calor, y los coroneles acaban la accioncilla poniéndose al frente de su tropa y cerrando el portillo recién abierto. Al ver correr á los franchutes, los mexicanos se las prometieron

felices; tras el terror y la ira vinieron la burla y el regocijo, y empezaron á oirse el *Apa torito*, el *Ni entra ni nada* y otras tonadillas chistosas y burlescas, mezclándose, enredándose y destrozándose con los himnos y dianas de las músicas. Los oficiales se descñeron las espadas, los soldados pusieron sus armas en pabellones y todo el mundo empezó á celebrar el éxito, figurándose alejado el peligro para siempre.

Comunicaba la calle de la Reja con las fortificaciones de San Agustín por un túnel cuya boca quedaba á la salida de una casa de altos; en la boca de ese túnel apareció Porfirio Díaz al oír la fusilería.

— Cazarín, dijo al oficial que le acompañaba, hay que tapar esto; caso de perderse esta manzana, por aquí entraría el enemigo á la próxima... Hay que taparlo.

Y llamó al subteniente Olivos disponiéndole que ayudara á la obra. Empezó el muchacho á cubrir aquello con viguetas que se encontraba al acaso, y viendo Díaz que no marchaba todo tan de prisa como hubiera querido, cogió material y empezó á rellenar con sus propias manos el hoyo.

— Están muy confiados creyendo que los gabachos no vuelven, y dentro de poco rato aquí les tenemos...

No acababa de decir esto, cuando gritó con enojo:

— ¡Mírenles; ellos son!...

Y señaló un turbante rojo y una chaquetilla azul que

aparecían por la abertura. Tras el turco llegaron corriendo, en dispersión loca, desenfrenada, sin tino ni medida, muchísimos soldados nuestros que había dejado los quepis, tirado las cartucheras, despojándose de los tahalíes y echado á huir con furia. Díaz se plantó ante el primer grupo gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Alto...! ¡alto...!

Detuviéronse los primeros fugitivos; pero apenas estaban rehaciéndose del susto, cuando llegó nueva avalancha de gente arrollando á los indecisos con más furia que antes.

— ¡Alto! seguía gritando hasta desgañitarse el General; ¡alto, hijos, que no es nada!... Párense; á resistir... á resistir... Soy yo, soy el general Díaz; tengan confianza en mí... ¡Alto!...

Unos cuantos oían la intimación, pocos miraban al General y casi ninguno se paraba. Díaz, Cazarín, Pancho Olivos y otros dos ó tres quisieron formar valla para detener la dispersión; pero entonces los soldados comenzaron á brincar las tapias, á salvar las trincheras, á echarse por los balcones y las azoteas. Porfirio seguía exhortando á aquellos desgraciados presa del pánico; pero en eso vió acercarse á un subteniente lívido, desencajado y enclavijando las manos:

— ¡General, por Dios, mi padre, mi pobrecito padre... es muy viejo, señor!... ¡Aquí me matan... sálveme usted!

Entonces Díaz perdió la calma, y sacando la espada golpeó de filo al lamentoso, diciéndole enojado:

— ¡Aquí no hay padre que valga, cobarde; aquí no hay más que madre, y esa es la Patria!... ¡A la brecha, canalla!...

— Tiene usted razón, señor General...

Y marchó á donde se había iniciado el movimiento. Mas al oír el estruendo y al ver correr desencajados á los que defendían el fortín, el oficial trepó á un balcón que bien distaría ocho varas del suelo y cayó á la plaza de San Agustín.

A todo esto, ni Díaz ni los suyos habían visto todavía á los franceses. El primero que apareció fué un oficial de quepis aplastado, levita azul y banda tricolor; llevaba en una mano la espada tinta en sangre y cogía la vaina con la otra. El Capitán giró la vista en torno, y descubrió el grupo que trataba de contener la dispersión; levantó el acero contra Díaz, y Cazarín, al advertirlo, disparó un tiro de revólver que bañó en sangre la barba entrecana del oficial é hizo correr tanto líquido rojo, que quedó borrada la cinta de la legión de honor que estaba en el ojal de la levita del herido. Cayó éste al suelo y luego aparecieron muchos turcos de pantalón azul bombacho, fez rojo y polainas blancas. Llegó el primero un mulato de barbas cerdosas, dientes blancos y ojos picarescos; llevaba la bayoneta empapada de sangre, y se reía con risa sonora y sabrosa.

— *Laches, laches mexicains...*

Pancho sintió aquello como una ofensa personal, y sacando la espada se dirigió al bellaco.

— ¡Te voy á sacar el alma, bandido!



Fuerte de Morelos, después de la rendición de la plaza.
Reproducción directa de una fotografía

Rió el mulato como si oyera una cosa graciosa, y tiró un golpe libre que el flamante oficialito consiguió hurtar. Pancho se acercó al turco, le saltó al rostro, le tomó por la piocha napoleónica, y mientras el otro trataba de alzarle en vilo y traspasarle con el marrazo, Pancho esgrimía la espada y rompiendo con ella el corraje de que pendían el odre y la mochila del turco, lograba intro-

ducir la hoja hasta sentir que picaba en blando. El arroyo de sangre que salió, los últimos estremecimientos de la agonía y el haber dejado de sujetar al muchacho los dientes y las uñas que le apretaban, le dieron á entender que se había desprendido de aquel corpachón el alma que le había animado.

Entretanto, Porfirio seguía gritando:

— ¡Que traigan una compañía de Oaxaca ó de Toluca; esto se hundi6!...

Llegaron en eso las compañías pedidas; pero ya era tarde: apenas sirvieron para evitar la dispersión ó la muerte de los pocos que quedaban. La manzana entera estaba llena de zuavos y era imposible intentar nada por el momento. Al llegar los heridos reconoció el General al telegrafista Romo, que había pedido le hicieran subteniente, á fin de no trabajar tanto en el servicio de Ortega. Llegaba herido y hecho trizas, lamentando su mala suerte y diciendo que no volvía á meterse en otra.

— Amigo, le respondió Díaz, es usted el único oficial á quien he visto hacer esta cobardía... Aunque la verdad sea dicha, se necesita mucho valor para ser tan cobarde...

— Mi General, yo le explicaré...

— ¡Explíquese con su conciencia! repuso Porfirio, volviéndole la espalda.

